

LECCION III.

Doctrinas y sistemas médicos.— Sus inconvenientes y ventajas.— Sus causas.

— Supremacia de la medicina de observacion sobre los sistemas.

Idea que
debe for-
marse de
las doc-
trinas y
sistemas
médicos.

Si bien á primera vista parecen ser sinónimas las palabras *doctrina* y *sistema* en medicina, usándose con frecuencia en este concepto, tanto en las obras, como en las explicaciones; sin embargo, no lo son en realidad, aunque sí muy parecidas, y por lo tanto, las definiremos por separado, para que así resalten mejor sus caracteres distintivos.

Se entiende por *doctrina*, en general, un conjunto de opiniones, un cuerpo de máximas, un sistema de proposiciones mas ó menos conformes con la esperiencia que se establece sobre cualquier ramo de los conocimientos humanos. Diremos con Gintrac, que «un *sistema* no es otra cosa que un conjunto de hechos y de suposiciones, de verdades y de errores, mas ó menos hábilmente coordinados y elevados sobre una base estrecha y vacilante.» Aplíquense estas definiciones á la medicina, y quedan definidos los sistemas y doctrinas en el terreno de las ciencias médicas. Dedúcese de ellas, que si bien puede haber error, lo mismo en una doctrina que en un sistema, sin embargo, como en aquella suena la palabra *esperiencia* que no se nombra en éste, debemos naturalmente suponer que es mas fácil encontrar la verdad en la doctrina que en el sistema; pues así como la esperiencia no tiene la ridícula pretension de sujetar los hechos á una sola y única esplicacion, en una palabra, no está dominada por el es-

clusivismo; la idea dominante del sistema, por el contrario, somete á su imperio todos los hechos que á ella se refieren, y desconoce, rechaza y excluye todos los que se la oponen. Se nos argüirá, que el sistema de Broussais contiene errores cómo todo sistema, y que sin embargo, se le conoce con el nombre de *doctrina de la irritacion*: esta réplica no tiene ningun valor, pues ya se ha dicho que las palabras doctrina y sistema se usan á menudo cómo sinónimas. Además la ciencia necesita indispensablemente de un vocablo que espresase un conjunto de hechos, de ideas y de opiniones, que sean la pura y genuina fórmula de la verdad y este vocablo es el de *doctrina*.

Se dirá acaso que aquella no es absoluta, y que, por tanto, lo que para unos es la verdad, es para otros el error; pero esta idea que en el fondo es altamente filosófica, y verdadera en muchos casos, no tiene, en manera alguna, aplicacion á los hechos que estamos viendo y tocando todos los dias, es decir, á los conocimientos que nos proporcionan una buena observacion y una constante experiencia. No hablaríamos ya en términos tan absolutos y categóricos, si se tratase de explicar y comentar lo mencionado, porque en el terreno especulativo de las teorías y de las esplicaciones, ya es fácil que nos separemos de la senda de la verdad, pudiéndose hacer comentarios falsos sobre hechos verdaderos. Por esta razon damos el nombre de *doctrina* al conjunto de conocimientos que nos legó el anciano de Coós; porque se fundan en hechos demostrados por la observacion y la experiencia, motivo por el cual se conoce la doctrina ó medicina de Hipócrates con el nombre de *medicina de observacion*, y por esto tambien se presenta tan lozana en el día, cómo en el que se fundó: por esto, finalmente, á ninguna persona de buen criterio se le ha ocurrido nunca, ni se le ocurrirá jamás, dar el nombre de *sistema* á la *doctrina hipocrática*.

Incon-
venientes
de los sis-
temas.

La palabra sistema se mira, generalmente, con prevencion en sentido desfavorable, no solo en las ciencias físicas, sinó tambien, y muy especialmente en medicina, en razon del gran número de ellos destituidos de base positiva y opuestos á las reglas mas sencillas de la lógica, que han reinado muchas veces acerca de los cuerpos orgánicos y de sus actos mal conocidos ó mal interpretados. Díganlo, sinó, los sistemas astronómicos de Copérnico y de Galileo, admitiendo el primero el movimiento del sol

alrededor de la tierra, y el segundo el de esta alrededor de aquel, y el gran número de los que sucesivamente han regido, digámoslo así, los destinos de la medicina. No deben confundirse, segun advierte muy oportunamente Nysten, los *sistemas* con las *generalidades*. En las ciencias, estas son las ideas sintéticas, relativas á un conjunto de hechos cualesquiera, ó las de comparacion y de coordinacion de estos hechos ya sean anatómicos, ya fisiológicos relativamente, por ejemplo, á los aparatos y órganos, ó á las funciones.

El espíritu de sistema, como hijo del esclusivismo, desvía generalmente á la razon del camino de la verdad, á la manera que la luz de una embarcacion que navega en alta mar, puede desviar el piloto de otra que la observa, del rumbo que debe seguir, creyendo ser aquella un faro, sito en el puerto en que debe anclar; así la observacion y la esperiencia nos conducen por la referida senda, á la manera que un faro giratorio que difunde luz de diversos colores, anuncia al navegante el verdadero rumbo que debe seguir en virtud de las instrucciones de las cartas hidrográficas.

Infiérense fácilmente de lo que acabamos de decir, que los sistemas son perjudiciales, esta consecuencia, empero, no debe ser absoluta, sino relativa, pues al lado de los inconvenientes, presentan ventajas no despreciables, y á veces de un inmenso interés! Podríamos, sin faltar á las reglas de analogía, comparar con los sistemas el notable período de la historia conocido con el nombre de *edad media* que dominó toda la Europa desde la caida del Imperio Romano, y con él la del magestuoso edificio de la antigua civilizacion, hasta principios del siglo xvi; pues á la par que en dicha época de barbárie se vieron heridas de muerte las ciencias, las artes, el comercio y la civilizacion, germinaron, por decirlo así, algunos en el seno de la misma, los grandes descubrimientos de la brújula, del movimiento de la tierra, del sistema de la gravitacion, de la circulacion de la sangre, de un nuevo mundo físico, y finalmente del divino arte de la imprenta.

Venta -
jas de los
mismos.

En efecto, si la aplicacion esclusiva de los sistemas á la terapéutica es cual fiero aquilon ó cual dañina langosta que arrasan y talan los campos; el uso bien entendido de los mismos ha contribuido indisputablemente á los adelantos de la medicina. Veamos sinó las elegantes frases con que expresa esta misma idea

el conocido escritor médico é ilustrado decano de la facultad de medicina de Santiago, Dr. D. José Varela Montes, ya difunto, en su interesante *Opúsculo de las mas notables doctrinas y sistemas médicos desde Hipócrates hasta el día*. «Esa gran pirámide dice, levantada por los hombres de la ciencia y cuya última piedra parece intentan poner, se ha desplomado con los sistemas, con las teorías, con las utopías, y queda al raso de su base; pero adornada con mil geroglíficos, restos de los sistemas, en cuyo centro arde una pira que lentamente consume cuanto no tiende á ilustrar la base fundamental de la ciencia. Las teorías de Galeno, como los delirios de Paracelso, como el exclusivismo de Themison, como la utopia de Wan-Helmont, las sutilezas de Sthal, lo mismo que la mecánica de Boerhaave, las aberraciones de Mesmer, la decantada sencillez de Brown, las ideas de Rascori, la casi exclusiva base de Broussais, y en fin, la misteriosa divisibilidad de Hahnemann desaparecieron, pero no sin haber, muchas de ellas, adornado dignamente la grande é inmortal base de la ciencia. En medio de sus errores debemos tributarles un justo homenaje, porque la ciencia se ha enriquecido con sus hechos, con sus trabajos, y sus doctrinas quedarán refundidas en el único pensamiento, en la única verdad, y la gran pira habrá consumido los errores y los estravíos de la imaginacion.»

«Todas las nuevas doctrinas que han sublevado al mundo médico, tuvieron sus grandes épocas, y reportaron sus ventajas, y la inmensidad de sus escritos, que inundaron la Europa, fueron como las grandes avenidas del Nilo que amenazando destruirlo todo y arrastrar en pos suyo cuanto hallan, desaparecen luego, dejando fertilizados los campos del Egipto que parece envolver en sus corrientes. Del mismo modo pasan los cataclismos sistemáticos dejando cada vez mas firme ese edificio eterno erigido á la ciencia.»

Causas
de los sis-
temas.

Si tratamos ahora de averiguar las causas originarias de los sistemas, reconoceremos entre ellas todas las que se han opuesto de una manera mas ó menos directa al *verdadero progreso* de la medicina; tales son las observaciones mal hechas, la prohibicion de las disecciones de cadáveres humanos, el menosprecio de los trabajos científicos de nuestros predecesores, ó al contrario, el entusiasmo con que á veces se han defendido sus opiniones, cual

sucedió con el descubrimiento de la circulacion de la sangre, que fué rechazado por espacio de muchos años, por la *poderosa razon* de no haberla conocido Galeno; el mal entendido orgullo cientifico de algun reformador ó alguna escuela, que mas bien por espíritu de partido, ó por no tener que apostatar de ciertos principios ó ideas que abrazaron algun dia por haberlos creído verdaderos sin serlo, defienden opiniones que están en abierta contradiccion con los hechos, así como la manía de gloria. Figuran además entre ellas la preocupacion, ó las ideas preconcebidas en pró ó en contra de un hecho ú opinion cualquiera, una de las causas mas abonadas para precipitarse en el insondable abismo de los sistemas; por eso, el ilustre sábio filósofo, Bacon de Verulamio, hizo todos los esfuerzos imaginables para desterrarla de las ciencias, como se indica claramente en el siguiente pasage: *Non fingendum aut excogitandum, sed quid natura faciat observandum*. Otra de las mas comunes y evidentes es la importancia indebida y exagerada que se ha dado, segun las épocas, á la metafísica, á la física ó á la química, pues dominados los autores por el vértigo influyente de las respectivas ciencias, tan solo han visto los hechos al través de un engañoso prisma, olvidándose de una manera mas ó menos completa, de la preponderancia de la vida, y que en el desempeño de las funciones de esta, no podemos concretarnos á admitir una sola clase de fenómenos. Así es, que al explicar de una manera absoluta, los que se verifican en el cuerpo, ya en estado de salud, ya en el de enfermedad, por la accion de los ácidos, alcalís, sales, combinaciones, acrimonias, etc., asemejando la economía á un laboratorio químico; ó no viendo en ella mas que las leyes de la gravedad con la compresion, obstruccion, inspissitud, fluidez, fenómenos hidráulicos, representándonos todos los principios é ideas que se vierten en una cátedra de física; ó se ha recorrido á la influencia de los astros y de los talismanes, ó al animismo, vitalismo ó arquetismo, menospreciando la parte material del cuerpo; en todos estos casos, repetimos, en que los fenómenos de la vida se han hecho depender única y esclusivamente de estos diferentes orígenes, la ciencia ha sido un caos, y no solamente no ha dado un paso por la senda del progreso, sino que ha retrogradado lastimosamente y sumídose por un tiempo variable en las mas profundas tinieblas. Por último, el prurito de investigar las causas de

las enfermedades, cuando muchas de ellas son y quizás serán siempre desconocidas, habiendo, por lo tanto, necesidad de crear agentes ilusorios, y nombres que los representen, y entidades que no se pueden demostrar, hundiendo la ciencia en la mas oscura ontologia que con tanto valor y decision combatió el autor del *Exámen de las doctrinas médicas*, en cuyas redes cayó, no obstante algunas veces; esta causa ha sido muy fecunda para la creacion de sistemas; como sucedió ya en los primeros tiempos de la medicina, cuando los inmediatos sucesores de Hipócrates se separaron del camino de la observacion.

Si esta, pues, nos enseña que la naturaleza de las enfermedades no es única y esclusiva, sino muy variada ó distinta, segun los casos, ¿cómo podremos combatirla siempre de una misma manera, sin esponernos á que los resultados del plan curativo sean nulos, y lo que es peor, perjudiciales? Todo sistema que se funde sobre datos tan inciertos, se parecerá á un edificio levantado sobre deleznable y movediza arena, que viene al suelo bajo su propio peso ó al impulso de los vientos. Cúrense, enhorabuena, con los evacuantes las enfermedades producidas y alimentadas por la alteracion de los humores ó con los debilitantes las de índole irritativa ó inflamatoria; pero el ridículo empeño de que deben tratarse todas, ya por aquella clase de medios, ya por estos, es una loca pretension que únicamente puede tener cabida en las cabezas dislocadas de los médicos sistemáticos. Por eso dice muy oportunamente á sus discípulos el ya mencionado Varela Montes: «La mano en la frente y los sentidos en los enfermos; he aquí el símbolo de vuestro sistema médico.»

Deben rechazar-se los sistemas.

De lo dicho acerca de los inconvenientes de los sistemas se deduce claramente que debemos rechazarlos en principio; pero no en absoluto, puesto que el médico prudente, buen práctico y amante de la humanidad debe emplear en la cabecera del enfermo aquellos medios terapéuticos que pueden servir para el alivio ó curacion de éste, sea cual fuere el sistema ó doctrina de que procedieren, pues el clínico debe ir en pos de las curaciones antes que de las esplicaciones ó teorías. El médico, pues, debe evitar el estigma de sistemático, lo cual no puede menos de perjudicarle, porque sus planes de curacion sistemáticos y por tanto exclusivos perjudicarian á los enfermos que han depositado en él su confianza. La prueba mas evidente y palpable de que en cir-

cunstancias dadas puede el práctico apelar á los diferentes sistemas, es que el mas inverosímil y risible de todos ellos, cual es la homeopatía, tiene la mas oportuna esplicacion en el plan curativo de que las enfermedades en que está indicada la medicina expectante; con la diferencia de que el médico alópata tiene la franqueza de atribuir en todos casos la curacion á la fuerza medicatriz, al par que el homeópata la atribuye á los del arte. En una palabra, el profesor de medicina debe ser ecglético en la práctica.

Sentado el principio inconcuso é incuestionable de que el médico debe en principio rechazar los sistemas, es evidente y lógico que debe echarse en brazos de la medicina de observacion que es la antítesis de los mismos, y el mas robusto ariete para combatirlos y destruirlos.

En efecto, la medicina de observacion, ó sea la hipocrática, es la única verdadera puesto que está basada en los hechos, y éstos son innegables é indestructibles, lo que no sucede con los comentarios ó esplicaciones que se pretende á veces dar ó hacer de aquellos y de estas sin fundado motivo, razon por la que sentado un hecho que todo el mundo vé, reconoce y admite, se puede comentar este de mil maneras, y que por lo tanto no pueden ser verdaderos todos los comentarios, sino uno solo. Ved ahí al escollo de los sistemas y teorías: ved ahí los inconvenientes del dogmatismo puro.

No se crea, sin embargo, que al hablar de la medicina de observacion, entendamos que sea una observacion tosca, empírica y, por lo tanto improductiva, sino una *observacion razonada*, á la que Hipócrates llamó *filosófica*, en virtud de lo cual formuló este grande hombre ciertos preceptos, aforismos ó principios generales enlazadas intimamente con las observaciones comprobadas tan considerable número de veces, por espacio de muchos años, en circunstancias las mas diversas, y en distintos puntos del globo, que de ninguna manera pueden referirse á la casualidad. De un génio privilegiado, cual fué el *divino* viejo, no podia esperarse otra clase de observacion que la que insinuamos, porque si hubiese sido *empírico* y *rutinario*, no hubiera dado los ópimos frutos que de ella han venido recogiendo constantemente las generaciones que le sucedieron; siempre que han seguido cultivando el campo donde él echó tan fecunda como útil semi-

lla. Para dar otra prueba del inmenso valor de la medicina hipocrática, nos limitaremos á notar el contraste que forma la antigüedad de la misma y el gran valor de la concienzuda y profunda observacion, con la volubilidad, poca solidez y ligereza de los sistemas que se precipitan unos tras otros.

Para enaltecer mas la medicina de observacion, y hacer mas aborrecible, y odiosa, la contraria, terminaremos esta leccion con el siguiente y notable párrafo de Cayol, uno de los mas ilustrados prácticos de la vecina Francia. «Los sistemas en medicina, son ídolos en cuyas aras se sacrifican víctimas humanas. Guardémonos de esta funesta idolatría. La medicina seria el mas terrible azote de las sociedades civilizadas, si no hubiese habido en todos tiempos médicos de cordura y talento, quienes, sabiendo colocarse en el verdadero punto de vista del arte de curar, nos han conservado y transmitido de siglo en siglo el depósito siempre creciente de las sanas tradiciones, de las verdades experimentales, de aquellos principios generales de terapéutica que son independientes de la teoría, y que deben constituir la base, ya de la enseñanza, ya de la práctica de la medicina.»

LECCION IV.

Posibilidad de referir todos los sistemas á dos, á saber: el vitalismo y el materialismo ú organicismo. — Sin la reunion de entrambos no puede concebirse la vida. — Escuela vitalista hipocrática: su historia: no es la representacion de un sistema, sinó de la medicina de observacion. — Sucinta esposicion del vitalismo hipocrático bajo el punto de vista del «Natura morborum medicatrix.»

Todos los sistemas médicos pueden reducirse, en rigor, al vitalismo y al materialismo. Sin la reunion del vitalismo y del materialismo no puede concebirse la vida.

Si tratásemos de hacer una fusion de todos los sistemas médicos conocidos, es indudable que no lograríamos nuestro objeto por grandes que fuesen los esfuerzos que para ello se empleasen; pues siempre resultarían dos completamente distintos, que resumen, por tanto, todo lo que se ha dicho y escrito sobre la medicina. En efecto, al hombre, objeto de sus estudios no se le puede concebir sin considerarlo bajo los dos puntos de vista de la materia y del misterioso agente que la anima. Oigamos la ingeniosa alegoría que aduce Bichat en su anatomía general, al establecer las diferencias entre las propiedades de los cuerpos inorgánicos y las de los orgánicos, alegoría que tiene inmediata aplicacion al punto de que tratamos. «Las propiedades vitales deben por su naturaleza debilitarse, y el tiempo las aniquila en el mismo cuerpo. Exaltadas en la infancia, quedan cómo estacionarias en la edad adulta, y se debilitan y destruyen en los últimos tiempos de la vida. Se dice que Promoteo, después de haber formado algunas estátuas humanas, robó el fuego del cielo para animarlas: este fuego es el emblema de las propiedades vitales, pues se conserva la vida mientras que arde, y

se pierde luego que se apaga. Pertenece, pues, esencialmente á estas propiedades el no animar la materia sinó por un cierto tiempo, y de aquí provienen los límites necesarios de la vida: por el contrario, unidas constantemente á la materia las propiedades físicas, jamás la abandonan, y por lo mismo no tienen los cuerpos inertes otros límites en su existencia que los de la casualidad.»

La importancia esclusiva que se ha dado por diversos autores, ya á la materia, ya á la vida, como si pudiese concebirse el sér organizado sin estar reunidos estos dos elementos, ha dado lugar á que la medicina haya girado desde su cuna sobre un eje, cuyos dos polos están representados por el *vitalismo* y el *organicismo*, tan opuestos entre sí, como lo son el *ártico* y el *antártico* del eje sobre que gira el globo terráqueo. Podremos decir, sin temor de equivocarnos, que en medicina no hay mas que dos escuelas rivales, á saber, la *vitalista* y la *organicista*, no debiendo considerarse á las otras mas que como matices.

Estas dos escuelas médicas no son en realidad otra cosa que una emanacion de las dos primeras escuelas filosóficas fundamentales conocidas bajo los nombres de *espiritualismo* y *materialismo*, que tanto tiempo han gastado en estériles disputas, por haber querido defenderlas con la intolerancia y el exclusivismo, á que siempre están subyugados todos los sistemáticos. En efecto, ¿qué médico de buen criterio podrá tomar la atrevida resolucion de afiliarse *en un sentido absoluto* á los partidarios del *vitalismo* ó á los del *organicismo*, no atendiendo en el primer caso mas que á la vida en abstracto, menospreciando completamente la parte material del cuerpo, y vice-versa en el segundo? seria este un despropósito tan grande, como el de un maquinista que pretendiese dar movimiento al tren de un ferro-carril, no pudiendo disponer mas que de la fuerza elástica del vapor, sin tener un recipiente, una caldera, una locomotora, en una palabra, todos los recursos donde pueda ponerse en accion la poderosa fuerza de este agente; ó que estando privado del mismo, poseyese tan solo aquellos. A la manera, pues, que se hace inconcebible la sorprendente marcha de estos medios de comunicacion, sin los dos elementos referidos, tampoco puede concebirse el organismo, ya en el estado de salud, ya en el de enfermedad,

sin la parte material del cuerpo y sin el soplo de vida que le imprimiera el Criador.

Prescindiendo, empero, de estas consideraciones generales, y para no prejuzgar una cuestion que tan solo debe resolverse despues de haber espuesto los datos necesarios, pasaremos á ocuparnos de estos, ó sea de los principios de las mencionadas escuelas para formular acerca de ellas nuestra humilde opinion.

Escuela
vitalista
hipocrá-
tica.

El vitalismo, cuyo representante mas antiguo es el venerable Hipócrates, mejor diríamos su fundador, es aquella doctrina médica que está basada sobre un hecho tan grande como misterioso, cual es la vida ó la fuerza vital, ó en otros términos, la naturaleza formatriz, conservatriz y medicatriz, reconocida y admitida desde la infancia de la medicina. De ahí es que las palabras *naturalismo*, *hipocratismo* y *vitalismo*, se reputan como sinónimas, y que se ve á menudo en los escritos del Padre de la medicina la palabra *naturaleza*, supuesto que el lema de su medicina es el famoso principio de: *Natura morborum medicatrix*.

Parte
histórica
del vita-
lismo hi-
pocrático.

El vitalismo hipocrático ha sido representado en diversas épocas por distintos sistemas, cuales han sido el pneumatismo de Atheneo, el arqueismo de Van-Helmont, el animismo de Sthal, y finalmente por la moderna escuela de Montpellier fundada por Barthez, y perfeccionada por Jordat. No es, empero, justo, que confundamos estas cuatro doctrinas, pues si bien son todas ellas emanaciones del hipocratismo, sin embargo, no han desempeñado su mision de una manera igualmente digna y racional, por el ridículo esclusivismo que adoptaron las tres primeras, el cual ha sabido evitar la última; debiendo por lo tanto, decir en obsequio á la justicia y á la verdad, que la escuela moderna de Montpellier es la que representa mas digna y genuinamente el hipocratismo. Por lo tanto, dicha escuela, segun la oportuna comparacion de Auber, reconoce en el hombre un dominio y un doble propietario: el dominio es el agregado material, ó sea la organizacion; el doble propietario es la fuerza vital y el alma pensadora que ejecutan de concierto el grande acto de la vida, ocupándose la fuerza vital de animar ante todo la organizacion, y enseguida de formar fieles servidores, órganos ó instrumentos. Cuando todo está dispuesto segun el orden de la naturaleza, empieza el alma á funcionar en el interior del cuerpo, animada por ella, y el hombre disfruta del libre albedrío.

Este dualismo dinámico, reconocido por Hipócrates, varios filósofos y padres de la Iglesia, así como la importancia, aunque secundaria, que se da al agregado material de nuestra economía, son un fecundo origen de preciosas verdades, porque rechazan el exclusivismo y las exageraciones á que este precisamente da lugar. En su consecuencia, la fuerza vital obra sin conocimiento, ó sea de una manera instintiva, y sin embargo, va de un modo directo á un punto determinado, al fin que le creó su naturaleza; vence obstáculos, repara las pérdidas, sostiene el cuerpo, lucha contra las causas morbíficas, recibe la impresion de estas, combátelas á menudo victoriosamente, en una palabra, cura las enfermedades. El alma, por el contrario, no tiene en la materia mas que aptitudes, debiendo ser auxiliada por una reflexion lenta y por la esperiencia para adquirir ciertos conocimientos, presentando en sus manifestaciones y desarrollo un completo antagonismo con la fuerza vital ó conservatriz; pues así como esta va agotándose por el transcurso del tiempo hasta que llega á pararse del todo, las facultades del alma, al contrario, se perfeccionan cada dia mas, nunca envejecen, jamás mueren, desaparecen de nuestro cuerpo, no mueren con él, son inmortales. Por último, no se desprecia la parte material de nuestro cuerpo, como lo hacen los fanáticos espiritualistas y los vitalistas exagerados; de lo que resulta que la escuela de Montpellier es enciclopedista, supuesto que sienta como principio, que deben estudiarse en antropología tres órdenes de fenómenos, á saber: los físico-químicos, los vitales y los psíquicos.

El vitalismo hipocrático no es la representación de un sistema, sino de la medicina observación.

Una medicina fundada en la observacion, de ninguna manera llevaria el sello del exclusivismo, sino que teniendo por base los hechos, no podia menos de dar á los distintos elementos del cuerpo el lugar y la importancia que les señalara el Criador. En efecto, si el vitalismo hipocrático, en lugar de estar basado en los hechos, segun acabamos de decir, hechos robustecidos por la razon, hubiesen sido hijos de una abstraccion, de un concepto *á priori*, ó de la exaltada imaginacion de algun médico, no hubiera disfrutado del raro privilegio de ser reconocido y respetado por los grandes prácticos de todas las naciones y paises, lo mismo hoy que el dia en que nació; este vitalismo, en una palabra, no reconoce por origen las elucubraciones del entendimiento para descubrir la esencia de la fuerza medicatriz, para personi-

ficarla, para adivinar sus mas secretas curaciones, y para renovar, en fin, los delirios de Vant-Helmont, sinó para observar y estudiar atentamente los esfuerzos que hace comunmente la naturaleza, cuando lucha contra las causas de destruccion de nuestro cuerpo, ó contra el principio morbífico, para utilizarnos y valernos de ellos con oportunidad en el plan curativo de las enfermedades.

Debemos añadir que este vitalismo es hijo tambien de los mas simples rudimentos de ovología, los cuales prueban que en el sér viviente existe ya la vida, antes de haber verdadera organizacion, es decir, organizacion que pueda percibirse por los medios de investigacion que conocemos en el dia. Todo lo dicho nos autoriza para afirmar que el vitalismo de que nos ocupamos, está basado en hechos y no en suposiciones, y por lo tanto, confirmado *à posteriori*, argumentacion la mas contundente, si bien no exclusiva, tras la cual debe atrincherarse el médico práctico.

«Natura morborum medicatrix.» La naturaleza es la que cura las enfermedades. Hé aquí la principal base y fundamento del vitalismo hipocrático.

No hay duda que tomado este principio al pié de la letra podría hacernos formar un concepto equivocado de la idea que quiso espresar el Padre de la medicina, suponiendo que la naturaleza se basta siempre á sí misma para la curacion de las enfermedades, y que en su consecuencia el arte es completamente inútil. Nada de eso: lo que se quiere significar es que la naturaleza por sus íntimas y mas recónditas operaciones es la que cura directamente las enfermedades; pero si el arte no viniese muchas veces en su ayuda para guiarla por el buen sendero que la ha de conducir á verificar las íntimas operaciones referidas, serian inútiles sus esfuerzos. Dedúcese de lo espresado que en los casos en que no bastándose la naturaleza á sí misma, se cura el enfermo, se debe á ella la curacion inmediata ó directa, y al arte la mediata ó indirecta. El gran práctico aleman Huffeland expresa perfectamente esta idea en su *Fisiátrica*, cuando dice: «Natura sanat, medicus curat morbos,» es decir, la naturaleza cura ó sana las enfermedades, el médico las cuida, esto es, dirige la curacion. Aun en el mayor número de casos en que siendo suficientes para la curacion los esfuerzos de la naturaleza no se

apela á recursos enérgicos, hay necesidad de que el profesor dirija ó prescriba la parte dietética del plan curativo.

No se crea que porque hablamos con entusiasmo de la doctrina de Hipócrates somos fanáticos partidarios suyos, suponiendo que se encuentra toda la ciencia en sus obras y que por tanto no han servido para los progresos de la misma los esfuerzos de los médicos que se han sucedido desde la remota época del mismo hasta nuestros dias, ó sea en el largo período de veinte y dos siglos. Tan equivocados están los que eso creen, como la hueste de materialistas modernos que sin condiciones apropiadas para fundar un juicio crítico acerca la referida doctrina, la combaten quizás para decir algo nuevo, como pretendieron hacerlo Asclepiades de Prussa y el escéntrico alquimista Paracelso.

Dijo el primero que «la medicina hipocrática no era mas que la espectacion de la muerte.» Desgraciado estuvo por cierto Asclepiades cuando habló en semejantes términos, pues eso supone ó que no conocia bien las obras de Hipócrates, ó que si las conocia las tenia olvidadas, y que si no existia ninguna de estas dos circunstancias, estaba prevenido contra ellas y por lo tanto en malas condiciones para juzgarlas con justicia. Y en verdad, ¿á quién se le ocurre decir que la medicina hipocrática es la espectacion de la muerte cuando en varios pasages de los escritos del anciano de Cóos se estampan preceptos de una medicina activa en alto grado? Véase, sino los siguientes: «Cuando la naturaleza sea tardía en manifestar los síntomas de la enfermedad, conviene estimularla para que desarrollándose mas, nos aclare la enfermedad: cuando la naturaleza no se mueve, muévela tú:» «la enfermedad que se resiste á los remedios cede al instrumento; la que á éste, cede al fuego; y la que se resiste al fuego, es incurable:» «es imposible curar una apoplejía fuerte:» «la curacion de la hidropesía se resiste á todo remedio humano, y es preciso que se junten los Dioses en consejo para curarla.»

Tocante á Paracelso nos limitaremos reproducir los siguientes datos biográficos que refiere la historia de la medicina, al ocuparse del mismo, para que se comprenda el valor que debe darse á sus palabras al tratar de Hipócrates. Decia que «cada pais producía un génio por una sola vez; que la Grecia habia dado á Hipócrates, la Arabia á Rhazes, la Italia á Ficin y la Alemania á él; pero que él aventajaba á todos, porque ellos tan solo ha-

«...bian escrito para su pais y su clima, y él para todos los hombres y para todos paises del mundo.» Tuvo el descaro y atrevimiento de quemar en público las obras de Hipócrates, Galeno y Avicena, asegurando al auditorio que «sus zapatos sabian mas que ellos: que todas las Universidades juntas no sabian tanto como sus barbas, y que los pelos de su sayo tenian mas ciencia que todos los escritores reunidos.» ¡A un hombre que habla en estos términos, que calificacion se le dá...?

Hemos dicho antes que muchos de los modernos materialistas que combaten la medicina hipocrática no están en condiciones para hacerlo, con buen criterio se entiende, por una razon muy sencilla, cual es que, tratándose de la medicina de observacion, no puede juzgarse en el silencio del bufete, sino que es preciso haber encanecido á la cabecera del enfermo, condicion que no poseen los jóvenes profesores que forman parte de esa hueste.

Hechas estas salvedades cuyo principal objeto es manifestar los deseos que nos animan de encontrar la verdad, do quiera que exista, sin prevencion en pró ni en contra de ninguna idea, doctrina ni autor, pasaremos ya á esponer en breves términos los principios fundamentales de la doctrina hipocrática, que si bien son cortos en número, en compensacion son muy fecundos en deducciones y resultados.

Hipócrates parte del principio de que en el cuerpo del hombre, ya en el estado de salud ya en el de enfermedad, todo es gobernado por la naturaleza, ó sea por el principio de vida ó fuerza vital que le anima.

Reunidos estos principios por el ilustrado profesor francés, Mr. Bayle, sobrino, en su importante obra de *Patología médica*, seguiremos el mismo orden en su esposicion.

«La naturaleza, dice, tiene facultades que vienen á ser sus ministros; por ellas se rige todo en el cuerpo del hombre y de los animales; ellos son los que hacen penetrar la sangre, los espíritus (se referirá probablemente al fluido nervioso) y el calor por todas partes, las que por este medio reciben el movimiento y la vida; ellas son, por fin, las que producen la nutricion y el crecimiento del cuerpo.»

«El modo de obrar de la naturaleza, por el intermedio de las facultades ó fuerzas vitales, consiste, por un lado, en apoderarse de lo que es bueno, ó de lo que conviene á cada especie, á rete-

nerlo, á prepararlo ó cambiarlo, y por otro á rechazar lo que es supérfluo y dañino.»

«No hay mas que un solo esfuerzo, que un solo concurso; todo conspira de consuno en el cuerpo del hombre...» «Todo está subordinado á todo el cuerpo; todo lo está tambien á cada una de sus partes.»

«Hay una facultad ó fuerza simple y múltiple en sus efectos, por medio de la cual son gobernadas en el cuerpo todas las cosas por diferentes que sean, y que es distinta para la vida del todo ó de las partes.» De esto se deduce que no hay mas que una fuerza vital que anima á la economía entera, y cuyas propiedades, que son la sensibilidad y contractilidad orgánicas, están repartidas en grados muy diversos en los órganos y aparatos.

«Todas las enfermedades agudas terminan por alguna evacuación que tiene lugar por la boca, intestinos, vegiga ó cualquier otra via de la misma especie; pero el sudor es comun á todas.»

¿Será exagerado decir que todas las enfermedades agudas terminan por alguna evacuacion? Creemos que sí, y por lo tanto nos limitaríamos á decir que es la regla general pero no absoluta.

«Es preciso conducir á la naturaleza por la via ó camino á que tiende ó se dirige, y si está oprimida, aliviarla... En vista de los esfuerzos de la naturaleza, comprende un médico atento y hábil la línea de conducta que debe seguir. Despues de haber conocido las enfermedades por sus signos, si la naturaleza no se basta para la curacion de las mismas, el arte enseña á producir en ella esfuerzos suaves escitándola, de manera que se desembarace sin peligro alguno de aquello que la sobrecargue ó agobie.»

Este precepto deberia estar grabado en letras de oro, por constituir el corolario práctico de la doctrina hipocrática, y deberia tenerlo fijo siempre en su memoria todo profesor, especialmente en el momento de acercarse á la cabecera del enfermo.

LECCION V.

Fuerza medicatriz en las enfermedades. — Definición de estas últimas. — Elementos que deben considerarse en ella: afección, reacción del organismo y tendencia medicatriz.

Admitida, como principio incuestionable, la existencia de la fuerza vital en nuestra economía, en estado de salud, tócanos hablar del papel que la misma desempeña en el de enfermedad.

Fuerza medicatriz en las enfermedades.

Diremos, que si indudable es la poderosa influencia del principio vital en el desarrollo de los órganos y marcha de las funciones normales, no lo es menos, por cierto, en los casos de enfermedad. Si desgraciadamente así no aconteciera, á buen seguro que todos los médicos, de los diversos climas y países, renunciarían unánimemente al ejercicio de su profesion. ¿Qué sería el arte sin los esfuerzos de la naturaleza al frente de una enfermedad? Sería la impotencia, sería la nada, sería el baldon y oprobio de la terapéutica, sería, en una palabra, galvanizar un cadáver, con la ridícula pretension de restituirle la vida.

El *principio vital*, llamado tambien *fuerza vital*, ya en el estado de salud, ya en el de enfermedad, merece, y lleva mas especialmente en el segundo, el nombre de *fuerza medicatriz*, pues ya no se limita entonces simplemente á entretener la vida, sinó que la defiende de los ataques que la dirigen las causas de enfermedad, ó el principio morbífico mismo, y aunque podrá decirse que no siempre logra su objeto, lo intenta, por lo menos,

casi siempre. Trábase entonces una verdadera lucha entre el agente morbífico y la fuerza vital, la que desarrolla mayor ó menor aparato de fuerzas, segun exigen las circunstancias; así es que forma una reaccion local cuando la influencia dañina lo es tambien ó de escasa intensidad, y general en circunstancias opuestas.

Para la mejor comprension de este fenómeno, citaremos los tan conocidos cómo repetidos ejemplos que aducen los escritores al tratar esta materia.

Prueban la accion local los siguientes ejemplos: introdúcen-se en las fosas nasales, laringe, tráquea y bronquios, y en los ojos, en fin, corpúsculos ó gases irritantes, esparcidos por la atmósfera que respiramos, irritanse, en su consecuencia, las mucosas correspondientes á dichos aparatos, sobreviniendo enseguida estornudos, tós y lagrimeo, otros tantos fenómenos que representan los esfuerzos de la naturaleza para desambarazarse de los referidos cuerpos irritantes. ¿A quién no le ha ocurrido alguna vez introducirse en el conducto laríngeo una gota de agua ó una miga de pan ó una pequeña porcion de un alimento cualquiera, y ser acometido de un acceso de tos, que no ha cesado sinó con la expulsion de dichos cuerpos. Trasládese al estómago ó á los intestinos dicha irritacion, y se verá á su vez el vómito en el primer caso, y la diarrea en el segundo.

Otro ejemplo notable y muy comun de reaccion local nos proporciona la marcha de un flemon, se entiende, producido por una espina que, clavada en un sitio mas ó menos profundo de la superficie de nuestro cuerpo, no ha podido extraerse en los primeros momentos, por esta circunstancia, ó por incuria del enfermo; pues vemos sobrevenir muy pronto una inflamacion seguida de su correspondiente supuracion, mediante la cual y por la salida del pus es lanzada al exterior dicha espina, único origen de estos trastornos locales, pero no entera y dura como antes, sinó reblandecida y hecha pedazos por lo comun.

Aun en los casos en que la naturaleza no tiene las fuerzas suficientes para echar del cuerpo los agentes que la molestan, intenta otra clase de recursos que suplen hasta cierto punto la falta de espulsion. Tal es el desarrollo de una falsa membrana que, aislando al cuerpo extraño de las partes vecinas, impide que lastime ó irrite á éstas.

Dos enfermedades muy comunes tambien, y que corresponden á la clase de las calenturas, nos suministran ejemplos en extremo palpables de la reaccion general de la fuerza mediatriz.

Expónese un sugeto que está sudando, á la corriente de un aire frio, ó á la influencia de una atmósfera de temperatura muy baja, ó á otra causa análoga, y se le suprime de pronto el sudor abundante que bañaba su cuerpo, siente frio, experimenta sensacion de mal estar y quebrantamiento general, dolor de cabeza y otros fenómenos análogos, que pueden y deben llamarse pasivos, ó sean efectos directos de la impresion de la causa morbífica. Hasta aquí nada nos manifiesta, ni nos recuerda siquiera la reaccion de la naturaleza contra la causa morbífica; pero bien pronto aparece caracterizada por la frecuencia de los latidos cardiacos, y por el estado de viva calentura de que va seguida, al cabo de mas ó menos tiempo, de un copioso sudor que hace cesar á la vez el estado febril y los fenómenos pasivos que le precedieron. Hé aquí un pasmo, como se dice vulgarmente ó una calentura catarral, de duracion vária, curada por los esfuerzos de la naturaleza que provocaron una reaccion general del organismo.

No es menos evidente esta reaccion general en la marcha que siguen las calenturas eruptivas, sarampion, escarlatina y viruela. Realmente absorvidos por la piel ó por otras vias los miasmas contagiosos de dichas calenturas, permanecen en el interior del cuerpo por cierto número de dias constituyendo el periodo de incubacion que no se revela por fenómeno alguno: concluido este, preséntase el de invasion, constituido al principio por fenómenos de concentracion, á los que suceden bien pronto los de reaccion general, ó sean la fiebre, estornudo, tos, lagrimeo y vómitos. Siendo insuficientes estos medios para lanzar del cuerpo los referidos miasmas contagiosos, por estar ya inficionada la sangre, se vale la naturaleza para lograr dicho objeto, de un rodeo, ó de un medio indirecto, cual es acantonar en la piel toda la porcion posible de los miasmas mencionados, por medio de las respectivas erupciones de dichas calenturas, las cuales constituyen el tercer periodo, ó sea el de erupcion, verificada la cual, rebaja comunmente la intensidad del movimiento febril. Mas tarde, por fin, es espelido completamente del cuerpo y hasta de la misma piel el principio morbífico, mediante la

descamacion en el sarampion y escarlatina, y la supuracion y caida de las costras en la viruela.

Queda, por tanto, probada hasta la evidencia por los dos ejemplos últimamente referidos, la reaccion general del organismo.

Definicion de la enfermedad segun el vitalismo hipocrático.

Ahora bien, si en vista de lo espresado, fijamos nuestra atencion en el importante papel que desempeña la naturaleza ó fuerza medicatriz en la esencia y marcha de las enfermedades, se nos ocurrirá desde el momento, que en las diferentes definiciones que se dan por lo comun de la enfermedad en abstracto, se prescinde de uno de los principales elementos de la misma, cual es la reaccion del organismo.

Y en verdad, en dichas definiciones parece que el patólogo impresionado únicamente por los fenómenos actuales, se atiene tan solo á lo presente, olvidándose por completo del porvenir, y no debemos admitirlo, puesto que donde para unos no hay mas que fenómenos que representan el desórden, para otros mas perspicaces, segun nuestro modo de ver, al lado de los fenómenos del mismo existen varios que tienden á restablecer la armonía.

Eso nos conduce como por la mano á ocuparnos de esas dos definiciones de la enfermedad.

Prescindiendo de las dificultades para definir la enfermedad en general, diremos que, si se olvidan por un momento las ideas hipocráticas consignadas, podrá admitirse que la enfermedad consiste en *una perturbacion ó desarreglo de los órganos y funciones de la vida, capaces de alterar la salud de una manera notable.*

En esta definicion no resalta, empero, mas que un lado de la enfermedad, ó sea el del verdadero desórden, sin que se inienta para nada su lado favorable, cual es el de la reaccion. Nos apresuramos no obstante á consignar que estamos lejos de creer que dicha reaccion se lleve siempre á cabo de una manera benéfica para el enfermo, ni que se verifique siempre. De este interesante punto de las reacciones nos ocuparemos en la leccion próxima.

Con arreglo al vitalismo hipocrático, se dice que la enfermedad consiste casi siempre en *una reaccion del organismo contra toda causa que lo afecte de una manera nociva, reaccion que*

tiende á eliminar y á neutralizar esta causa ó á reparar los daños que la misma ha producido. Se dice *casi siempre*, en virtud de lo que dejamos consignado acerca de los casos en los cuales no se verifica, ó en que si tiene lugar, no es favorable ó suficiente.

Esta es en el fondo la definicion que dá tambien de la enfermedad el gran Sydenham, el Hipócrates inglés cuando dice: *Morbus nihil aliud est quam naturæ conamen, materiæ morbificæ exterminationem, in ægri salutem omni opere molientis.* La enfermedad no es otra cosa que un esfuerzo de la naturaleza que, para salvar al enfermo, trabaja con todas sus fuerzas para destruir la materia morbífica. En vista de eso podríamos decir, que este ilustre práctico viene á considerar la enfermedad como una especie de funcion accidental, que tiene sus órganos, sus fenómenos propios y su objeto, segun hace notar muy oportunamente el médico hipocrático Bayle, sobrino.

¿Nos será permitido, sin que pretendamos faltar al respeto que nos merecen Hipócrates y los grandes prácticos de su escuela, hacer una ligera observacion acerca de la definicion de la enfermedad con arreglo al vitalismo hipocrático?

Si en la primera definicion ó sea en la comun encontramos el defecto de ver tan solo un lado de la enfermedad ó sea el del desórden, en la hipocrática reconocemos igual imperfeccion de no ver mas que otro lado de la enfermedad, con la diferencia de ser el opuesto, ó sea el que tiende á restablecer la salud. Esta imperfeccion la demostraremos mejor despues que nos hayamos ocupado de la última parte de esta leccion ó sea de los tres elementos que deben considerarse en la enfermedad, y entonces podrá decirse con mas conocimiento de causa, si hay motivo fundado para alterar la definicion que de la enfermedad establece la Escuela hipocrática.

Tres elementos de la enfermedad.

Lo mismo en teoría que junto á la cabecera del enfermo, pero mas especialmente en este último caso, no podemos desconocer en la enfermedad, casi siempre ó en la inmensa mayoría de casos, tres elementos que si bien son distintos están, sin embargo, muy eslabonados entre sí. Estos tres son los siguientes: 1.º El efecto directo ó inmediato de la causa morbífica sobre el organismo, ó en otros términos la *afeccion*; 2.º la *reaccion vital* que la sucede; 3.º la *tendencia medicatriz* de esta reaccion.

Afeccion. El primer efecto que experimenta nuestro organismo cuando ha obrado sobre él un agente morbífico de cierta importancia, es un sufrimiento íntimo, una modificacion interior, molecular, digámoslo así, que constituye la verdadera naturaleza ó esencia de la enfermedad, la cual es tan vária como variadas son las causas morbíficas que han obrado. Esta modificacion, conocida tambien con el nombre de *causa próxima* de la enfermedad, es la que se llama *afeccion*, y que no es otra cosa que el sufrimiento inmediato que produce sobre la vida el agente morbífico, ora se afecten los sólidos, ora los fluidos, ora tan solo la parte dinámica del organismo. Las manifestaciones de la afeccion, de la economía viviente, son el enfriamiento de las extremidades, los escalofrios, la palidez y la alteracion de la fisonomía, el mal estar general, lasitudes espontáneas, pequeñez y concentracion del pulso, y por decirlo de una vez, la mayor parte de las alteraciones funcionales, que conocemos bajo el nombre de *prodromos*.

Nótese, sin embargo, que á veces son tan ligeros ó tan fugaces que pasan desapercibidos, siendo por tanto los de reaccion los que abren, al parecer, la escena.

Reaccion. Es una ley constante de la naturaleza, que, *à la accion sigue la reaccion*, y, por tanto, el primer período de la enfermedad la que es efecto del agente morbífico, se convierte á su vez en causa de la *reaccion*, pudiendo en su consecuencia decir, que así como no habria *afeccion* si antes no hubiese obrado una causa morbífica, tampoco habria *reaccion*, si no hubiese preexistido la *afeccion*, pues ésta es indudablemente el origen de aquella.

Efectivamente, despues que una causa morbífica cualquiera ha obrado sobre el organismo de una manera nociva, no tarda en aparecer la fuerza vital, cual centinela avanzado que vela por nosotros, y en obrar á su vez contra el agente morbífico, desarrollando, segun los casos, mayor ó menor aparato de fuerzas, segun sea local ó general la reaccion, como queda indicado. Creemos inútil perder tiempo en probar este aserto, porque lo quedó hasta la evidencia, por medio de los ejemplos aducidos.

Los antiguos admitian en este período de la enfermedad, en ciertos y determinados casos, un estado particular llamado *coccion*, el cual no dejan tambien de admitir los modernos. Consiste en una lucha mas ó menos prolongada entre la fuerza medica-

triz y el principio morbífico, que por haber obrado profundamente en la economía, modificando ó alterando la sangre, necesita sufrir una especie de elaboracion ó modificacion para poder ser lanzado del cuerpo. A esa elaboracion es á lo que se da el nombre de *coccion*, pues parece que dicho principio morbífico perdiendo su carácter acre, irritante y nocivo, si se nos permite espresarnos así, se encuentra en condiciones favorables para ser espulsado. Un caso de enfermedad el mas vulgar y conocido puede servirnos de ejemplo. Nos referimos á un simple resfriado con destilacion de narices ó con espectoracion; pues mientras el moco que sale al exterior, se presenta como seroso, irritante y poco compacto, no termina la enfermedad, lo cual no se consigue sinó á medida que dicho moco vá adquiriendo sus cualidades normales. De ahí la tan conocida fórmula de que el costipado se halla en el primer caso en el período de *crudeza*, y en el segundo el de *coccion*. No nos referimos como debe suponerse, á los catarros que toman el carácter crónico, pues á pesar de las buenas cualidades del moco, ó tardan en curarse, ó no se curan.

Cuando se verifica una reaccion local, el órgano obligado, digámoslo así, que debe funcionar para ese objeto es precisamente el mismo que ha sufrido la accion de la causa morbífica. Cuando se trata, empero, de una *reaccion general*, los aparatos circulatorio y nervioso son los encargados de verificarla. Las flegmasias poco intensas son las que mejor representan los fenómenos de *reaccion local*: los mas graduados, empero, y las fiebres esenciales sobre todo, forman el verdadero tipo de la *reaccion general*.

La primera se verifica en virtud de aquel tan sabido principio, fisiológico y patológico á la vez, consignado en sus escritos por el Padre de la medicina: *Ubi stimulus, ibi humorum affluxus*; pues estimulado un órgano ó una parte cualquiera del cuerpo por una causa irritante, se produce en ella ó mayor acúmulo de sangre y de calórico, aumento de volúmen de la parte; y dolor consecutivo muchas veces, establécese, en una palabra, lo que se llama una fiebre local, que queda circunscrita á estos estrechos límites si la enfermedad es ligera ó el sugeto poco irritable. En circunstancias, empero, ó sea cuando es muy graduada la inflamacion local, ó es muy irritable, el sugeto que

la padece, la reaccion toma el carácter de general, y existe una fiebre secundaria.

Por lo demás, en las fiebres primitivas que forman otro y quizás el principal grupo de las reacciones generales, parece que las causas morbíficas dirigen su accion primitiva á la sangre, y por este intermedio al corazon y sistema nervioso; como en este caso no existe un punto local de partida de la reaccion, es ésta *primitivamente general*. De ahí resulta que la calentura es la mas frecuente reaccion en las enfermedades, y de ahí tambien una de las significaciones etimológicas de la antiquísima palabra latina *febris*, ó sea la de *februare* que significa purgar ó purificar.

Los grados y condiciones de la reaccion ó resistencia vital son muy variados, segun veremos en la leccion inmediata.

Las enfermedades crónicas no dejan de presentar tambien su correspondiente reaccion, si bien por lo comun débil y hasta importante en muchos casos. Buen ejemplo de ello tenemos en la tisis pulmonar la cual parece ofrecernos como fenómenos de reaccion los recargos de calentura, tos, expectoracion, sudores y diarrea, que son como otros tantos medios, si bien inútiles, y hasta podríamos decir perjudiciales, por lo mucho que aumentan la postracion del desgraciado tísico, medios, repetimos, de que se vale la naturaleza como para eliminar el principio morbífico tuberculoso.

Tenga presente el médico práctico que las reacciones generales pueden ser á menudo engañosas, si no se tiene la debida cautela y prudencia en darles valor y significacion. Ocurre eso cuando dichas reacciones son iguales, análogas ó muy parecidas en sus manifestaciones exteriores, siendo así que es muy distinto su origen. Una enfermedad convulsiva puede darnos de ello un precioso ejemplo. En efecto, una convulsion lo mismo puede ser la manifestacion de una epilepsia, que de una eclampsia, histerismo, meningo-encefalitis crónica primitiva, de un tumor canceroso del encéfalo, de la presencia de vermes en los intestinos, de un envenenamiento saturnino, etc.

Tenden-
cia medi-
catriz de
la reac-
cion.

Sea cual fuere la forma que ofrezcan las reacciones, es inducible que poseen siempre la tendencia medicatriz. Si no se logra constantemente el objeto apetecido, ó sea la curacion, no depende de la falta de esa tendencia medicatriz, sinó de aquella eterna

é ineludible ley de la naturaleza de que todo lo que vive ha de morir. *Statutum hominibus est semel mori.*

Las enfermedades quirúrgicas, lo mismo que las médicas, nos ofrecen ejemplos de esta tendencia curativa mas palpable y visible como debe suponerse en las primeras que en las segundas. Y en verdad, una fractura que se consolida mediante la coaptacion, y sostenimiento de los fragmentos fracturados, la pronta cicatrizacion de una herida incisa, por medio de la aproximacion de los bordes de la misma sostenida á beneficio de unas sencillas tiras de emplastro aglutinante acompañadas del correspondiente vendage, y por último, la cicatrizacion de una úlcera simple ó la regeneracion de los tegidos de otra que ofreció pérdida de substancia, cicatrizaciones obtenidas por medio de curaciones simples ó de la planchuela seca, ¿no son por ventura otros tantos casos notabilísimos que nos prueban los esfuerzos curativos de la naturaleza, supuesto que en todos estos casos es ella la que hace, por decirlo así, el principal gasto de la curacion?

Si de las enfermedades exteriores pasamos á las internas, observaremos que la naturaleza sigue la misma marcha para su curacion. Díganlo, sinó, los casos raros por desgracia, de vómitas curadas por la espectoracion del pus, y por la cicatrizacion de las paredes de la caverna que lo contenia, por cegarse del todo originando una simple cicatriz. Creemos ocioso probarlo con mayor número de ejemplos, porque lo vemos confirmado todos los dias á la cabecera del enfermo. ¿Cuántas veces la naturaleza ha dirigido hácia la piel de la cual se han desprendido mediante la supuracion, cuerpos metálicos, cómo, por ejemplo, agujas ó alfileres que habian sido tragados? ¿No se pone todavía mas de relieve la tendencia medicatriz de la naturaleza de que nos estamos ocupando, en los casos en que sale vencedora, teniendo que luchará brazo partido contra un agente morbífico muy poderoso, á la vez que contra un plan descabellado de curacion, lo que sin ser frecuente no deja de suceder alguna vez?

De lo hasta aquí dicho parece poderse deducir en buena lógica que cabe modificar la definicion que de la enfermedad nos ofrece la escuela hipocrática, estableciendo otra compuesta de las dos espresadas.

Bajo este concepto creemos que podria definirse la enfermedad diciendo que consiste en *un conjunto de fenómenos morbosos unos, y curativos otros, manifestados los primeros por la turbacion ó desarreglo de los órganos y de las funciones de la vida, capaz de alterar la salud de una manera notable; y los segundos por los esfuerzos saludables de la naturaleza contra toda causa morbífica que la incomode y cuya tendencia es eliminar y neutralizar esta causa y reparar sus daños.*

No se nos oculta que esta definicion tiene el grave defecto de ser muy larga; pero en compensacion tiene la ventaja de dar una idea mas exacta de la enfermedad.

LECCION VI.

Procederes de la naturaleza medicatriz para la curacion de las dolencias, á saber:

1.º Eliminacion.—2.º Neutralizacion.—3.º Regeneracion.—Circunstancias que se refieren á los resultados de las reacciones vitales en las enfermedades, segun el carácter de aquellas.—Papel que desempeña el médico en el tratamiento de estas últimas.

Probada hasta la evidencia la participacion extraordinaria que tiene la naturaleza en las curaciones, y la tendencia á dicho objeto, cuando no pueden estas obtenerse, veamos los medios empleados por la misma.

Procede-
res de la
naturale-
za medi-
catriz pa-
ra la cu-
racion de
las dolen-
cias, á sa-
ber: ELI-
MINACION.
-NEUTRA-
LIZACION.
-REGERA-
CION.

Los diferentes fenómenos, positivos unas veces y negativos otras, observados durante el curso de las enfermedades, constituyen un testimonio irrecusable de que son distintos los procederes de que echa mano para obtener la curacion. En efecto, así como en muchos casos se vé coincidir la mejoría y completo restablecimiento de la salud con alguna ó algunas evacuaciones críticas, obtiéndose en otros el mismo resultado sin que se verifique la menor evacuacion, y otros, por fin, se obtiene el mismo efecto regenerándose ciertas partes que habia perdido la economía del enfermo. La observacion de estas tres clases de hechos, prácticos en alto grado, ha dado lugar á admitir como consecuencia muy lógica, que la naturaleza se vale, segun los casos, para la curacion de las dolencias de tres procederes conocidos con los nombres de *eliminacion* ó *expulsion*, *neutralizacion* y *regeneracion*. Los trataremos por separado.

Elimina-
cion.

1.º **Eliminacion.**—Quizá podríamos decir sin temor de equi-

vocarnos, que este es el medio que con mas frecuencia emplea la naturaleza. ¿Quién ignora el gran número de enfermedades que se curan todos los dias mediante evacuaciones, mas ó menos copiosas, de sudor, esputo, orina, heces ventrales, materias expelidas por vómito, de moco, sangre, pus, vermes, etc.? ¿Quién no se ha aliviado ó curado alguna vez de una cefalalgia mas ó menos intensa, á beneficio de una epistaxis ó de un flujo hemorroidal? ¿Quién no ha obtenido la curacion de un costipado por medio del sudor, de una indigestion por medio de vómitos, ó diarrea, etc. ¿Quién no ha visto curar muchas convulsiones de los niños mediante la expulsion de mayor ó menor número de lombrices, y cicatricarse mediante la salida de una bala, ú otro cuerpo extraño, ó de una esquirla de hueso, una herida que hasta entonces se habia resistido á la cicatrizacion?

Llevando algunos médicos al extremo la idea de la espulsion del principio morbífico mediante la eliminacion—extremo de que debe huír el buen práctico — han establecido como principio, en la curacion de la blenorragia—principio que por desgracia ha cundido entre el vulgo—que no debe atajarse esta enfermedad desde el principio, y que por lo tanto debe correr este flujo moco-purulento por espacio de mas ó menos tiempo, fiados en que este mismo debe arrastrar y lanzar del cuerpo al agente morboso. Esta idea y el consiguiente plan que pueden ofrecer el inconveniente de prolongar el mal, y hacerse este mas rebelde en razon directa de su duracion, cuando se trata de una blenorragia simple, pueden ser altamente funestos para el enfermo cuando dicha enfermedad es sifilítica, pues esperando que la naturaleza ha de curar el mal, descuidan no solo el tratamiento tópico sino tambien el general que debe oponerse á la infeccion. *Intus foras bonum* se ha dicho, y en general es una verdad práctica, pues muchas veces vemos curarse enfermedades interiores por la presentacion de varias erupciones en la piel ó membranas mucosas, siendo este otro de los medios de eliminacion.

De lo dicho hasta aquí se deduce que la naturaleza, cuando trata de eliminar el principio morbífico, se vale unas veces del simple aumento de evacuacion de los humores que naturalmente se exhalan ó segregan, v. g. el sudor, moco, orina, etc., otras promoviendo la salida de los que en estado normal no se expelen, por ejemplo, la sangre, prescindiendo del flujo menstrual; otras,

provoca la formacion de un líquido anómalo ó patológico, cual es el pus, y en no pocas, por fin, arroja los cuerpos estraños, ya hayan venido del exterior, ya se hayan formado en el interior del cuerpo. Las lágrimas constituyen otro medio de eliminacion, como se observa en el lagrimeo provocado por la presencia de un cuerpo estraño en el ojo con objeto de lanzarlo del mismo.

Al terminar este párrafo, no podemos menos de repetir con mucha insistencia que por mas que se fie en los esfuerzos curativos de la naturaleza debemos estar siempre al lado de esta para acechar la oportunidad de ayudarla cuando no se baste á sí misma, y aun que se baste, si es tardía; pues aun en el ejemplo que hemos citado de un cuerpo estraño en el ojo, si bien aquel es arrastrado muchas veces, sobre todo cuando es pequeño, liso y redondo, como sucede con un grano de arena, debemos en circunstancias opuestas ser activos en la separacion del mismo por los medios que creamos mas oportunos.

Neutra-
lizacion.

2.º **Neutralizacion.** — Ya queda dicho que la naturaleza, se vale del proceder de la *neutralizacion* cuando el restablecimiento se obtiene sin que haya sobrevenido salida de ninguna materia, ni otro fenómeno alguno sensible. ¿Cuál es el mecanismo de este proceder curativo? Hay quien cree que el organismo se asimila al agente morbífico; al paso que otras opinan — y eso nos parece lo mas probable — que dicho organismo, ya por sus propios esfuerzos y espontaneidad, ó secundado por el arte, es quien lo destruye ó lo aniquila por un trabajo interior y molecular, imposible de ser conocido en su esencia, pues no cae bajo la esfera de nuestros sentidos. Cuando cauterizamos una herida producida por un animal rabioso, cuando curamos un dolor por medio de los calmantes, una convulsion á beneficio de los anti-espasmodicos, ó una enfermedad periódica prescribiendo la quina ó la sarna dando el azufre, ó la sífilis con el mercurio, etc., nos ofrece la naturaleza otros tantos casos del proceder por *neutralizacion*. Corresponden tambien al proceder ó destruccion de la causa morbífica el caso siguiente, cuando por haberse verificado un derrame sanguíneo en la masa encefálica, queda por mas ó menos tiempo un coágulo que verifica compresion sobre la misma, el cual encerrado en un quiste, es reabsorbido hasta su completa desaparicion — *destruccion*. —

Bayle, sobrino, uno de los médicos franceses que milita en

primer término en las banderas de la Escuela hipocrática, coloca en esta seccion ó proceder la curacion de la clorosis que se obtiene por medio del hierro. Creemos que se esplica mejor por el proceder de la *regeneracion*, de que vamos á ocuparnos.

Regeneracion.

3.º **Regeneracion.**—Este proceder consiste en los esfuerzos de la naturaleza mediante los cuales se verifica la reorganizacion de ciertas partes del organismo, vamos á poner algunos ejemplos. La cicatriz de una herida ó de una úlcera, la reunion de los dos extremos de un hueso fracturado, de la regeneracion una porcion del mismo que ha sido necesario extraer en la curacion de una fractura y sobre todo la reproduccion de un fragmento mas ó menos considerable de hueso, estraido por medio de una reseccion sub-perióstica, son otros tantos ejemplos *ad hoc*. Todos los dias observamos en los casos de convalecencia en que habiendo quedado los individuos sumamente pálidos, flacos, anémicos y sin fuerzas, se reponen al cabo de mas ó menos tiempo mediante una buena alimentacion y demás medios higiénicos que sean del caso. Hé aquí porque digimos antes que considerábamos mas propio referir á la *regeneracion* que á la *neutralizacion* las curaciones de la clorosis.

Dada una idea de los tres procederes de curacion referidos, creemos de sumo interés consignar que la *oportunidad* y el perfecto conocimiento del *estado de las fuerzas* del enfermo son dos elementos de grande interés para la curacion, pues sin ellos seríamos muchas veces demasiado exigentes para con la naturaleza, puesto que las leyes de esta se ejercen bajo ciertas condiciones de las dos circunstancias mencionadas. En efecto, ¿qué fruto sacaremos de un medio terapéutico cualquiera, si ha pasado ya, ó no ha llegado todavía la oportunidad de emplearlo, ó no pueden resistirlo las fuerzas del enfermo?

Queda ya consignado en la leccion anterior, como uno de los principios mas culminantes del vitalismo hipocrático, que no porque la naturaleza tenga siempre una tendencia medicatriz cuando se ve acometida por una causa morbífica, puede siempre obtenerse la curacion.

En efecto, la reaccion puede ser nula, insuficiente unas veces, sobrada y hasta exagerada otras, y en casos, por fin, ofrecer varios desarreglos ó anomalías que hacen inútiles los esfuerzos curativos de la naturaleza.

Casos que se refieren á los resultados de las reacciones vitales en las enfermedades segun el carácter de dichas reacciones.

Pareciendo muy metódica y ordenada la especie de clasificacion que de estos casos forma el ya mencionado profesor Bayle, reduciéndolos á nueve, la adoptaremos al tratar de este punto, sentando como principio que las enfermedades consideradas bajo el prisma de la reaccion vital y de sus resultados curativos pueden ofrecer los nueve casos siguientes:

1.º **Enfermedades con reaccion esencialmente medicatriz.**

—Estas son aquellas en que rehaciéndose la naturaleza convenientemente, ya sea abandonándola á sus propios esfuerzos, ya sea que estos sean secundados por el arte, en que se obtiene la curacion, y comprenden un gran número de las agudas. Cuéntanse, por ejemplo, entre ellas, una ligera epistaxis, una calentura efémera, otra catarral sencilla, una herida incisa simple, una fractura simple tambien, etc., en el supuesto, se entiende, de que el estado general del enfermo sea satisfactorio.

2.º **Enfermedades sin reaccion porque la fuerza vital no ha sido atacada.**

— Desde el momento se comprende que no estando en ellas afectado el principio de vida, lo mismo pueden existir en el vivo que en el cadáver las lesiones fisicas que las constituyen. Tales son las anomalías de relaciones y de continuidad de los órganos así como las de su número y volúmen. Dichas lesiones que podemos suponerlas exentas de toda complicacion, no provocan reaccion alguna precisamente por la sencilla razon de no verse atacada la vida, ni la integridad de los órganos siquiera. Las hernias, un pequeño pólipos de la nariz, un ligero pterigion, la existencia de seis dedos en una mano ó pié, su hipertrofia ó la de otra parte cualquiera del cuerpo que no dificulte siquiera en lo mas mínimo una interesante funcion, y otros casos análogos que podríamos citar, son otros tantos ejemplos de enfermedades — si tal nombre merecen — que corresponden á esta segunda circunstancia.

3.º **Enfermedades sin reaccion por postracion y extincion de la fuerza vital.**

— Existen por desgracia casos en que esta fuerza *vital* se ve atacada por un agente morbífico de una manera tan brusca y violenta, ó por una causa tan deletérea que sucumbe con mayor ó menor prontitud sin que le sea posible oponer la menor resistencia á tan brusco ataque. Figuran en el número de estas enfermedades las asfixias por compresion del torax, por estrangulacion, por suspension, por inmersion, por la

del mefitismo de las letrinas, y sobre todo las de cólera-morbo asiático fulminante.

4.° Enfermedades con reaccion radicalmente impotente.

— Existen, preciso es confesarlo, algunas cuya fatal terminacion es siempre la muerte, no porque le falten tiempo y fuerzas á la naturaleza para reaccionarse, sino porque el agente morbífico es de una naturaleza tal que el arte no posee en el estado actual de conocimientos medio alguno para combatirlas ventajosamente: tales son la rabia, el cáncer y las diversas afecciones orgánicas de corazon cuando van ya acompañadas de su habitual cortejo de síntomas. Sin duda alguna, por mas que se haya pretendido por algunos médicos optimistas que el mesto cura la rabia, la cicuta el cáncer y el método de Valsalva la hipertrofia del corazon; la práctica y una dilatada y verdadera esperiencia han desvanecido, por desgracia á la humanidad, tan halagüeñas ilusiones, pues estamos perfectamente convencidos que en los casos de curacion que se han citado de buena fé, hubo error de diagnóstico. Precisamente se trata de enfermedades que por lo muy frecuentes nos ofrecerian repetidos casos de curacion, si realmente fuesen curables. Sean cuales fueren la forma y manera con que en estos casos se reaccione la naturaleza, el enfermo sucumbe constantemente.

5.° Enfermedades con reaccion viva.— Son aquellas en que, segun se desprende del testo literal despliega la naturaleza tal lujo y abundancia de fuerzas y con tal violencia las dirige contra el principio morbífico, que agravan considerablemente la ya comprometida situacion del enfermo, hasta llegar á producir la muerte con frecuencia. Las calenturas y las inflamaciones son las que nos presentan mas comunmente esta clase de ejemplos. ¿Quién duda que una calentura inflamatoria ofrece mas peligro en un sugeto pletórico, robusto, de temperamento sanguíneo y quizás atlético, y dotado finalmente de la diátesis apoplética, por el peligro inminente de que sobrevenga una congestion ó hemorragia del cerebro ó pulmones, que en otro de circunstancias muy distintas? Ya dijo Hipócrates, en uno de sus aforismos, que los sugetos muy gruesos mueren mas repentinamente que los delgados. *Qui præter naturam valde crassi sunt, magis subito moriuntur quam qui graciles.* ¿Quién duda tampoco que corre mas peligro un sugeto muy robusto

atacado de pulmonía que otro que lo sea menos? Es indudable que por bien que termine la pulmonía de entrambos, es mas fácil que la haga por supuracion en el primero que en el segundo.

6.° **Enfermedades con reaccion débil.** — Hé aquí el reverso de la medalla de la circunstancia anterior. Si bien pueden ocurrir casos de esta naturaleza en las enfermedades agudas cuando recaen en personas muy débiles por naturaleza, ó debilitadas por circunstancias accidentales, los tipos, sin embargo, de las enfermedades que se refieren á tales circunstancias, de que nos ocupamos, se encuentran en las de marcha crónica, puesto que dependiendo estas en su mayor parte, de una lesion mas ó menos profunda y estensa de los organos ó humores, circunstancia por la cual progresan de continuo; la naturaleza si bien hace repetidos y notables esfuerzos para lanzar del cuerpo el principio morbífico, no puede lograr su objeto porque sus esfuerzos no son proporcionados á la magnitud, profundidad y estension del mal; si bien alguna vez cuando este es muy reducido, no ha echado profundas raices y no es hereditario, sale airosa la naturaleza obteniendo la curacion de dicho mal. Una sola enfermedad, muy frecuente por desgracia, nos ofrece un ejemplo de lo que acabamos de decir. Aludimos á la tisis. Casi todos los enfermos por dicha causa fallecen á pesar de los grandes esfuerzos de la naturaleza, representados por la espectoracion, sudores, diarrea y accesos de calentura por cuyos medios parece quererse desembarazar del principio tuberculoso. Algun tísico, empero, aunque raro, se cura, curacion debida á los esfuerzos de la naturaleza en primer término, y en segundo á un buen tratamiento, especialmente higiénico.

7.° **Enfermedades con reaccion irregular.** — En estos la naturaleza se reacciona de un modo caprichoso, desordenado, inarmónico, irregular y desproporcionado al agente morbífico. Esto hace que sus esfuerzos sean completamente inútiles, y se pierdan digamoslo así, en el espacio. Los síntomas atáxicos de las calentaras graves, y las convulsiones en las enfermedades nerviosas nos presentan ejemplos de esta reaccion irregular.

8.° **Enfermedades con reaccion errónea.** — Es preciso no confundir la reaccion errónea con la irregular, pues si bien ambas á dos dan resultados poco satisfactorios, sin embargo aquella

los da comunmente funestos, al paso que esta se limita muchas veces á anularlos ó inutilizarlos. En efecto, la palabra *errónea* se refiere á la mala eleccion del sitio ó via por donde se propone la naturaleza lanzar del cuerpo al principio morbífico. Vamos á poner algunos ejemplos que aclaren este concepto.

En los órganos interiores se verifican á veces colecciones mas ó menos abundantes de pus, ó abscesos. Supongamos que estos residen en los pulmones, hígado ú ovario. La naturaleza por su intento salvador tiende á librar á dichos órganos de la presencia del pus. Si el principio vital estuviese dotado de *inteligencia* como lo está de *instinto conservador*, elegiria en los casos de que nos ocupamos una via que léjos de serle funesta al enfermo, seria su áncora de salvacion. Dos sendas puede recorrer la naturaleza en semejantes apuros, uno de ellos que evacue el pus al exterior, otra que lo deposite en una cavidad interior cerrada ó en el parénquima de un órgano muy interesante á la vida: la primera conduce á la salud, aunque no siempre; la segunda á la muerte casi indefectiblemente. ¿Quién no ha visto sugetos afectados de vómica en el pulmon, curados perfectamente, despues de espelido el pus, y de cicatrizarse la caverna que lo contenia? ¿Quién no ha observado abscesos del hígado que habiendo contraido adherencias con las paredes del vientre se han hecho subcutáneos, y dado salida al pus han quedado los enfermos completamente curados? ¿Quién no ha examinado por fin, un absceso del ovario que habiendo contraido adherencias con el intestino recto se verificó por este la evacuacion del pus, obteniendo la enferma una curacion perfecta? Citamos precisamente estos tres casos, porque hemos tenido ocasion de observarlos en nuestra práctica. Ahora bien, supóngase que estos diversos abscesos se abren paso, el primero en la cavidad de las pleuras y las otras dos en la del peritoneo: entonces sobreviene la muerte, por punto general, á consecuencia de las violentas inflamaciones de las respectivas membranas serosas: he aquí el ejemplo de reaccion errónea. Lo mismo puede decirse de los derrames de bilis, orina, etc.

Bayle, á quien hemos citado otras veces, llega al extremo de decir que las falsas membranas que se forman en el crup constituyen un caso de reaccion *errónea*, espresándose en los siguientes términos: «Para preservar á la mucosa laríngea de la causa irritante especial del crup, ella—la naturaleza—la cubre de una

falsa membrana, y se constituye así la causa de la muerte del enfermo, aunque este proceder sea generalmente muy saludable en una multitud de enfermedades.»

9.º **Enfermedades cuya curacion es peligrosa.** — Si bien parece extraño á primera vista que no procure el médico curar todas las enfermedades para que es llamado, puesto que el deseo de los enfermos es verse libres de ellas; existen, no obstante, algunas que léjos de curarlas debemos respetarlas; diremos mas, hasta algunas veces debemos avivarlas ó exacerbarlas, si van en disminucion, y hasta reproducirlas si han desaparecido. Tales son aquellas que constituyen otros tantos medios ó emunctorios de que se vale la naturaleza para desembarazarse de algun agente ó principio dañino al organismo: podría decirse en otros términos, que forman como una especie de crisis de una afeccion interna que escapa á nuestra observacion. Vienen á ser, por lo tanto, una cosa necesaria al enfermo, una garantía de salud, garantía que por ningun concepto debemos atropellar, en virtud de aquel eterno principio de terapéutica de *saltem non noceas*. Se hallan principalmente entre estas enfermedades el flujo hemorroidal, las úlceras antiguas de las piernas, eczemas y erupciones cutáneas en general que cuentan tambien una fecha mas ó menos larga. Nada mas comun observar que la supresion de un flujo hemorroidal á que está ya habituado un sugeto, le produce dolores de cabeza, le coloca en inminente peligro de ser atacado de una congestion cerebral y hasta llega á producirla. Disminúyase ó suprimase la supuracion de úlceras crónicas, y estos enfermos experimentan disnea, tos y otros síntomas de pecho. Nótese sin embargo que la enfermedad torácica que hoy caracterizamos cual *efecto*, es algunas veces causa de que se sequen las referidas úlceras. Desaparece un eczema de un punto cualquiera de la piel, y sobreviene en su consecuencia una pulmonía, una gastralgia ú otra enfermedad á que está predispuesto el sugeto.

Estos ejemplos nos marcan la conducta que debemos seguir en casos semejantes, negándonos rotundamente á emprender la curacion de dichos males por vivas que sean para ello las instancias del enfermo, y mas especialmente en aquellos casos en que la esperiencia ha comprobado ya el antagonismo entre el mal interior y el exterior.